

do el triste fin de una sociedad desgraciada, entregada á la saña voraz de estos tiburones sociales, de estos proteos políticos que escarnecen cuanto no pueden imitar.

En medio de aquellas tareas, en medio de tan santas penalidades, los misioneros no perdieron la ilaridad del ánimo y enviaban á sus generales la relacion de sus trabajos y la noticia de cuanto hallaban digno de saberse; y estos relatos, consignados en las crónicas de todas las órdenes, son un monumento interesante para la historia, son una prueba de sus desvelos por el bien de la humanidad y de la civilizacion; y son, en fin, el escollo inespugnable donde se estrellan las maquinaciones de los entendimientos preocupados que, sin fijarse en la esencia de las cosas las ridiculizan por vanidad, por orgullo, quizá por mala intencion. Yo les suplico que las lean, y si no hallan en ellas las flores del Dante y del Petrarca, de seguro que hallarán la hermosura de la verdad y la sencillez de la esposicion, añadiendo nuevos matices á la virtud y nuevos adornos al heroismo.

Tampoco descuidaban estos hombres laboriosos cuanto podia facilitar la ilustracion, el comercio y las artes, y dar esplendor á la agricultura y á las ciencias; así es, que unos confeccionaban diccionarios, otros enseñaban el uso del chocolate y de la quina, éstos indicaban terrenos donde fundar colonias comerciales, aquellos encontraban nuevas

tierras, y á ellos se debe, mucho antes que lo demostrasen Behrin y Cook, la certeza de la union de ambos continentes al Noroeste. Asimismo el espectáculo de la naturaleza escitaba en ellos el dulce entusiasmo que abraza los corazones puros; y uno de ellos exclamaba viendo las majestuosas selvas que existen en el rio de las Amazonas: *¡Qué hermoso sermón estas selvas!* Otro escribia: "Caminé hácia adelante, sin saber adónde llegaria, sin encontrar un alma que pudiera indicarme el camino. A veces encontré en medio de las selvas sitios encantadores. Todo lo que el estudio y la industria del hombre pueden imaginar para hacer un lugar agradable, no puede sostener la comparacion con las bellezas que solo la naturaleza ha acumulado allí. Estos admirables sitios me recuerdan las ideas que tenia otras veces leyendo las vidas de los antiguos solitarios de la Tebaida. Ocurrióseme el pensamiento de pasar el resto de mis días en aquellas selvas donde la Providencia me habia conducido para no ocuparme allí mas que de mi salvacion, estraño á todo comercio con los hombres. Pero no siendo dueño de mi suerte y estándome indicadas las órdenes del Señor por las de mis superiores, deseché aquella idea como una ilusion."

En las Antillas los misioneros se opusieron tanto como pudieron al esterminio de los naturales; despues se esforzaron en dulcificar la suerte

de los pobres negros, sin, no obstante, disimular sus defectos; y los religiosos eran los únicos que se atrevían á quejarse de los detestables ejemplos dados por los católicos. Preséntase despues México á nuestra consideracion; y allí una civilizacion más estensa que en los demas países, ayuda la obra de los misioneros y sustituye el Dios de los vencedores al ídolo de los vencidos. Ya la cruz brillaba como objeto de culto en los altares, el águila habia cedido su puesto á la paloma, las religiosas sucedieron á las castas hijas del sol, y el ilustre franciscano Martin de Valencia, con sus doce compañeros, estienden por aquellas comarcas el imperio de Jesucristo por medio de la predicacion.

Convertidos los indígenas, no habian abandonado del todo sus costumbres, y la Iglesia, reunida en varios concilios, se encargó de reformarlas. En ellos fué abolida la poligamia y otras prácticas más ó menos antisociales, más ó menos contrarias á la religion; pero todas anuladas en bien de la humanidad y de la civilizacion; así es que, entre los mexicanos será siempre grata la memoria de los misioneros y pastores, y el nombre del P. Las-Casas, como protector de los infelices negros, y el de Rivera de Sahagun como fundador del colegio, para educar jóvenes indios que llevasen la fé entre sus compatriotas, y el del P. Tapia, con otros no menos celosos, será siempre grato á cuantos

consideran que la gloria de la conquista está en civilizar y humanizar los vencidos, en llevar los rudimentos de la fé y las ventajas de la civilizacion á países cerrados á ésta y ciegos á las luces de aquella, en abrir al comercio nuevos medios de comunicacion, nuevos mercados, nuevos objetos. Esta es la gloria del misionero.

Tambien la religion se encargó, merced á los cuidados de los misioneros, de doblegar á su yugo el orgullo de los fieros incas del Perú: ellos en aquellos dilatados países, supieron con su dulce persuasion hacer olvidar los males que de la guerra civil, de la crueldad y avaricia de los conquistadores, de la opresion de los naturales y de la corrupcion de todos habian surgido. Prontos siempre para asaltar bosques, trepar montañas, introducirse en los desiertos y derramar consuelos en todas partes, y palabras de amor y de caridad, á pesar de las persecuciones de los gobernantes, siempre atentos á los deberes de su ministerio, consiguieron allí, como en México, hacer florecer la fé y estender la civilizacion. Esta es la obra de los dominicos, cabiendo á la órden de la Merced la suerte de ser la primera que se estableció y que en nada se separó de las huellas de los de México y el Perú. Tambien á Bogotá llevaron los misioneros sus trabajos y recogieron de ellos abundante fruto. El territorio de Venezuela hasta las orillas del Orinoco cupo á los capuchinos, si bien

en este último punto fueron destruidas por los holandeses, y establecidas así como en las dos islas de la Trinidad por otros misioneros catalanes. Capuchinos aragoneses establecieron las de Cumaná; franciscos observantes las que desde allí se extienden hasta el Unara; los jesuitas establecieron las del río de las Amazonas; la Florida fué regada con la sangre de dominicos y jesuitas, y el Paraguay es una bella página de la historia de éstos. Y por no hacernos molestos diremos, que á principios del siglo XVII las conquistas de la cruz contaban cinco arzobispados, veintisiete obispados y cuatrocientos conventos; las conquistas de las armas se han perdido para España, las de la cruz se conservan para la Iglesia y para la civilización. Esto hace su mejor apología.

El Paraguay merece un poco de detención. Antes que los jesuitas aportaron allí los frailes menores Francisco Solano y Luis de Rolaños, con otros varios compañeros de la orden; y si no habían conseguido la conversión de los indígenas los hijos de S. Francisco, su celo obtuvo varias veces la corona del martirio; ellos, sin embargo, mucho debieron adelantar cuando fundaron el obispado de Tucuman, y su obispo observante, Fr. Francisco de la Victoria, fué el que llevó los jesuitas al Paraguay. No se puede negar, sin embargo, que si bien cupo á la orden de S. Francisco la gloria de regar con la sangre de sus hijos aquellas tier-

ras, y fué la primera que allí tuvo mártires, la de S. Ignacio tiene el honor de haber convertido y civilizado aquellas regiones. Dígase cuanto se quiera acerca de los hechos del Paraguay: sin entrar nosotros en la cuestión, porque no es de nuestro objeto, diremos que ellos resolvieron el problema de civilizar sin esterminar, y plantearon allí un sistema que correspondió perfectamente á esta idea: empezaron, pues, por pedir y obtener la libertad de los individuos, luego los sujetaron al trabajo garantizando su seguridad contra los opresores, y así fué cómo echaron los cimientos á aquel poder, á aquel prestigio que alarmó contra ellos hasta los tronos, pero que realmente hacían un gran acto de humanidad, pues libraban los indígenas de la codiciosa ambición de los europeos, que movidos por tan estimulante pasión levantaron contra los protectores de los indios tan sangrienta guerra: ellos, pues, sin mirar más que al bien de la humanidad y al progreso de la civilización y la conversión de las almas, fundaron poblaciones, levantaron iglesias y establecieron escuelas, y así elevaron aquel país á un estado de prosperidad que ningún otro había tenido, siendo ellos, no solo los directores de sus almas, sino los legisladores de la colonia; y eran tales sus leyes, la distribución del trabajo, de la oración y del recreo, que arrebatan á Furrer la gloria que sus adeptos quieren darle en la organización de sus

*falanges simpáticas.* En una palabra, los jesuitas formalizaron allí un gobierno protector que hace recordar el gobierno patriarcal, y bajo su influencia cesaron los vicios, se puso freno al libertinaje, la virtud prosperó y la religion pudo entonar el himno de la victoria. Su cuidado se extendia á todo, su celo todo lo preveia, su paternal solicitud hasta habia organizado una milicia para la defensa de sus pobres hijos; de este modo en la colonia, ó *reducciones*, como ellos las llamaban, nada faltaba de cuanto puede contribuir á la prosperidad de los Estados.

Bajo esta paternal direccion no era posible casi ningun delito entre ellos; las trasgresiones se castigaban de primera vez con una severa reprension, y la segunda con una penitencia pública en la puerta de la iglesia; el azote se reservaba para la tercera, pero nunca se encontró que nadie lo mereciera. El perezoso era condenado á un esceso de trabajo en el campo comun, lo cual hacia que el castigo fuese en beneficio del público.

El misionero debia ser á la vez el brazo y el alma de estos indios, incapaces de pensar, de calcular ni de prever nada por sí mismos. En un pais como éste, donde se ignoraba todo, necesitaba hacerse arquitecto y obrero, pintor y cocinero, médico y jardinero, panadero y barbero, alfarero y administrador. Tenia que predicar todos los dias; apenas dejaba la sobrepelliz, tomaba el

delantal de albañil, y no solo tenia que dirigir todas las cosas, sino tambien trabajar personalmente para enseñar desde el primer hachazo en los bosques, hasta el cultivo de las rosas que debian adornar la frente de María. "El misionero, dice el tirolés Sepp, se levanta al amanecer y va á la iglesia á consagrar una hora de meditacion en presencia del Altísimo. Si encuentra otro sacerdote en la iglesia se confiesan mutuamente. Sin embargo, al tocar el Ave María y al primer rayo del sol se celebra la santa misa, á la que asiste con devocion la multitud, y despues se hace una oracion general en accion de gracias, concluida la cual se retira el misionero para oir las confesiones. Despues principia la esplicacion del Catecismo á los jóvenes de ambos sexos, cuya tarea es en extremo pesada, como es fácil de suponer. Apenas concluye esta instruccion va el padre á visitar á los enfermos, fortificándolos con la administracion de los sacramentos y preparándolos en lo posible á una muerte cristiana, al mismo tiempo que se desvive por cuidarlos, aplicándoles sangrías, ventosas ó cualquiera otro remedio y suministrándoles los alimentos convenientes. Luego va á una escuela á enseñar á leer y escribir á los muchachos, y á otra donde aprenden las niñas á hilar, hacer media y coser; allí da sus lecciones, interroga á los discípulos y confia lo demas á los indios de mas capacidad. El padre debe tambien

dirigirlo y ordenarlo todo en la escuela de música, aun cuando obtienen con frecuencia un auxilio oportuno.

“Pasa despues á los talleres, á las obras ó á los hornos de ladrillo y al despacho del pan y de la carne, que suministra diariamente en cantidad necesaria á toda la comunidad; desde allí va á visitar los herreros, carpinteros, tejedores, picapedreros, torneros y demas artesanos.

“Pero no debe perder tiempo porque los enfermeros no tarden en distribuir á los enfermos los alimentos prescritos. Llega la hora de comer y el padre se sienta á una mesa frugal para ocuparse de sí mismo hasta las dos, á cuya hora da la campana la señal del trabajo, que bien pronto quedaria interrumpido ó descuidado si no esperaran al padre en todas partes, el cual, lo mismo por la tarde que por la mañana, se presenta en casa de los artesanos y al lado de los enfermos, en casa de los grandes y de los pequeños, dando en todas partes ejemplo é impulso, hasta las cuatro de la tarde en que el pueblo es llamado á la iglesia. Se reza el rosario, que es muy útil, particularmente para recordar al alma los santos misterios; despues vienen las letanías, y en seguida un detallado exámen de conciencia. Concluidas las devociones se da sepultura á los muertos: el resto del dia se concede para las distracciones convenientes; pero si este momento de descanso

no le emplea el misionero en hacer la visita á los enfermos, lo emplea en meditaciones piadosas, ó lo consagra en probar un sueño ligero.”

Tal fué la conducta de los misioneros donde quiera que han fijado su benéfica planta; así se produjeron en la Patagonia los padres Quiroga y Cardiel; así en la Sonora Kino, Goñe y Salvatierra; así en la nueva y vieja California y entre los Pampas del santo Sacramento los hijos de S. Francisco; así los carmelitas y predicadores en la Callena y Canadá; así los padres de la oratoria en Ceilan; así en el Marañon, en el Brasil y la Plata, echaron los cimientos á la fé, protegieron la humanidad y estendieron la civilizacion; así, siguiendo el curso del rio de las Amazonas, encontraron los medios de llegar hasta Quito, y siempre convirtiendo, siempre civilizando, siendo útiles siempre al comercio y á la agricultura, á las artes y á las ciencias.

Si de aquí pasamos á contemplar los nuevos descubrimientos hechos hácia el Oriente, hallamos allí el sentimiento religioso, que todo lo emprendia y todo lo llevaba á cabo con la cruz al pecho, la fé en el corazon y la caridad en los labios. Así doblan el Cabo y se estiende á su vista un Nuevo Mundo; pero no habitado por salvajes ni ignorantes, sino por un pueblo ilustrado que presenta á su vista una civilizacion nueva, leyes que la garanticen y errores que combatir: la lucha allí de-

bia ser más encarnizada, y la discusión era indispensable; pero estos obstáculos lejos de contener al misionero, escitan su celo, y de todas las órdenes se lanzan allí para participar de las glorias y de las fatigas, de los combates y de los triunfos. Este ejército, que se había organizado en Roma para hacer frente á la reforma, se había esparcido ya por todas partes; desde Constantinopla penetró en la Siria, Egipto, Armenia, Abisinia, Crimea y la Persia; por la parte de América lanzándose desde la bahía de Hudson invadió el Canadá, la Luisiana, la California, las Antillas, la Guayana, el Paraguay y los demás países que dejamos espuesto, y ahora extienden sus pacíficas conquistas sobre el Archipiélago Filipino, los imperios de la China, Tonquin, el Japon y la Oceanía.

Admira, seguramente, ver un ejército inerme que á todo se espone, que nada le arredra y todo lo lleva á cabo y lo sufre con paciencia, con tal de ganar hombres á la civilización y almas al cielo. Así le veremos en el nuevo campo que se ofrece á sus trabajos, cumpliendo como siempre su misión religiosa y civilizadora. Allí admiraremos los trabajos de S. Francisco Javier. Mozambique, Melinda, Socotora, Goa, Cochín, Malaca, Meliapour, la India entera, atestiguan sus virtudes, publican sus trabajos y cantan sus triunfos. Las Molucas, Elterate y Ceilan, atestiguan las contrariedades

que sufrió; y aquel hombre de débil y frágil naturaleza, desafiando el hambre, la desnudez, el veneno y el hierro de los asesinos, tan intrépido bajo las sofocantes calmas de la línea como en medio de las más horribles tempestades, arrostrando el furor de los ejércitos de batalla y las erupciones de los volcanes, nos manifiesta todo el poder del afecto y de la caridad, y toda la fuerza de la religión.

En Oriente, pues, se encontraba frente á frente Cristo, Mahoma, Confucio, Brahma y Boudha; pero la victoria no era dudosa, las cuatro religiones últimas basadas sobre el error, no eran suficientes para hacer la felicidad del hombre, y sus ministros, hipócritas é impostores, se entregaban á la superstición y al lujo de la mesa, en tanto que los misioneros de Cristo llevaron á aquellos mismos lugares una fé pura y desinteresada con la integridad de costumbres que se hace honrar hasta de aquellos para quienes son más estraños. No iban como los mercaderes á buscar crecidos beneficios, ni conquistar como los capitanes; y su solo objeto al atravesar la mitad del mundo, era propagar la verdad. Además, una doctrina que elevaba á las almas hácia una cosa más alta que los intereses mundanos, que templaba los vigos de la servidumbre, debió también ser acogida con favor. Pero, por otra parte, tenía por adversario el interés de los mismos sacerdotes y doctores, cuya

reputacion y subsistencia dependia de la conservacion de los antiguos ritos; sin contar el carácter de las poblaciones muy apegadas á sus costumbres nacionales y á la resistencia de los gobiernos, que fundadas en la religion y en las costumbres, temian cualquier innovacion.

Todo lo superó su constancia; y no contento con haber echado la semilla del Evangelio y de la civilizacion en la India, penetra en el Japon y establece sus misiones, logrando así que su nombre resonase con entusiasmo desde el Yudo hasta el mar Amarillo, sorprendiéndole la muerte como á Moisés á la orilla de la tierra prometida al avistar las costas de la China, adonde le llevaba su deseo de propagar la fé. Sin embargo, tan estensos territorios quedaban abiertos al celo de los misioneros: los agustinos tenian ya establecidas sus misiones en Filipinas, recogiendo de su predicacion abundantes frutos, y estendiendo la civilizacion entre los negrillos y los Ilaus en bien de España; y muy pronto siete franciscanos, bajo la direccion de Fr. Pedro de Alfaro, á quien cuatro años despues siguió Diego de Salazar, nombrado obispo de Manila, con cinco franciscanos más, tres dominicos y tres jesuitas se dirigieron allá ansiosos todos de compartir con los hijos de Agustino el apostolado. Bien pronto sus tareas apostólicas produjeron el apetecido fruto, y tanto que al obispo de Manila hubo necesidad de elevarle á la categoría

de arzobispo, dándole por sufragáneos los obispos de Nueva Cáceres, Nueva Segovia y Zebú. De este modo estas comarcas se hicieron el punto de partida de los misioneros, que desde allí marchaban gustosos á continuar en la India y el Japon la obra de Francisco Javier; unos y otros invadian las Molucas, las Carolinas, las Marianas, las Palaos y el Mogol, mientras guiados por el mismo espíritu se dirigen otros al centro de la India meridional al reino de Madonga, á las cimas del Thibet, para combatir en las comarcas del Bontau la metempsícosis y la poligamia, dirigiéndose despues en 1600 otros á Sian, mientras la congregacion de misioneros de S. Vicente de Paul, se posesionó de la insalubre Madagascar, donde los misioneros eran mártires del clima, despues de haber tenido que sufrir cruelmente en la travesía tempestades y calmas, sin que su ejemplo desanimase á los que iban á reemplazarles. El padre Bourdain, entre otros, instituyó y bautizó á muchos indígenas; pero las esperanzas concebidas se desvanecieron, cuando la destruccion de la Colonia. Tambien en el Océano pacífico penetraron; y aunque regaron áquel suelo con su sangre, lucharon en él las semillas del Evangelio <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Véase la memoria que el R. J. Williams leyó en 1835 á la sociedad de las misiones de Lóndres, que no extractamos por ser demasiado estensa, pero que refiere cuánto tuvieron que trabajar en aquellos climas los operarios del Evangelio.